

se lo suplica. Aguarde V. que ella lo haga, que será muy en breve. Ahora es cuando voy à conocer si es V. acreedor à la estimacion en que le he tenido, y si es sensible su corazon à una pura y desinteresada amistad.

CARTA XVIII.

DE JULIA A SU AMIGO.

TANTO tiempo hace que es V. depositario de todos los secretos de mi corazon que no puedo perder tan dulce costumbre. En el lance mas importante de la vida quiero esplayarme con V.; abra-me V. el suyo, mi amable amigo, admita en su seno los largos razonamientos de la amistad, que si algunas veces hace difuso al amigo que habla, siempre da paciencia al amigo que escucha.

Unida à la suerte de un esposo, ó mas bien à la voluntad de un padre, por una indisoluble cadena, entro en una nueva carrera que no ha de concluirse hasta la muerte. Detengamos al empezarla la vista un rato en la que dejo, que no será penoso para nosotros el recordar tan dulce tiempo, y acaso sacaré de él lecciones para hacer buen uso del que me queda; acaso sacaré V. luces para explicar las cosas que en mi conducta oscuras à sus ojos parecian. Contemplando à lo menos lo que uno para otro fuimos, sentirá mas bien nuestro corazon lo que el uno al otro debe.

Unos seis años hace que vi yo à V. por la vez primera; era mozo, de buena presencia, amable; otros mozos me han parecido mas hermosos y de mejor presencia que V., ninguno me ha causado la menor emociion, y à primera vista fue suyo mi corazon (1). Creí que veia en la cara de V. los lineamientos del alma que necesitaba la mia, y me

pareció que eran mis sentidos meros órganos de mas nobles afectos, amando menos lo que en V. veia, que lo que se me figuraba que en mi propia sentia. No hace dos meses todavía que pensaba que no me habia equivocado: el ciego amor, decia entre mí, tenía razón; destinados estabamos uno para otro; suya sería si no hubiera el órden humano intervertido las relaciones naturales, y si fue dado à alguien ser feliz hubieramos debido serlo juntos.

Fueron reciprocos mis afectos, y me hubiera engañado à haberlos experimentado sola. El amor que yo he conocido solo puede nacer de una reciproca simpatia, y una consonancia de las almas. No ama quien no es amado; à lo menos no ama mucho tiempo. Esas pasiones sin correspondencia, que à tantos dicen que los hacen infelices solo en los sentidos se fundan, y si algunas hasta el alma penetran es por relaciones falsas à que en breve se sigue el desencanto. El amor sensual no puede vivir sin la posesion, y la posesion le mata. El verdadero amor no puede vivir sin el corazon, y es tan duradero como las relaciones que le dieron origen (2). Así fué el nuestro desde su principio, y así espero que sea hasta el fin de nuestra vida, cuando le hayamos ordenado mejor. Vi, sentí que era amada y que debía serlo; muda era la lengua, medroso el mirar, pero se daba à entender el corazon. Pronto experimentamos entre nosotros aquel no sé que, que infunde elocuencia al silencio, da lengua à los ojos bajos, infunde un miedo temerario, muestra en sus temores los deseos, y dice todo lo que à explicar no se atreve.

Conocí mi corazon, y me tuve por perdida à la primera palabra de V. Dis-

tingui lo violento de su reserva, aprobé su respeto, y quise mas à V.; y procurando agradecer un silencio necesario y penoso sin perder mi inocencia forcé mi genio; imitando à mi prima me hice alegre y bulliciosa como ella para precaver esplicaciones mas serias, y disfrazar mil ternos cariños con estos fingidos juegos. Quería que fuera tan grata la situacion de V., que el temor de una mudanza aumentara su reserva.

Todo esto me salió mal, nadie sale impunemente de su natural caracter. Que desatino el mio! Aceleré mi perdida en vez de obviarla, usé de veneno por paliativo, y lo que yo queria que perpetuara el silencio de V. fué lo que le determinó à hablar. En balde con afectada frialdad le arredraba à V. cuando nos hallabamos solos, esta misma violencia me vendió; me escribió V., y en vez de echar yo al fuego su primera carta ó llevarsela à mi madre, me atrevi à leerla; este fué mi delito, y todo lo demas fué forzoso. Quise no responder à estas funestas cartas que no podia menos de leer. Esta horrorosa contienda alteró mi salud; vi la sima en que me iba à despeñar, tuve horror de mi propia, y no me pude resolver à permitir que V. se fuera. Caí en una especie de desesperacion; mas hubiera querido que V. no viviera, que verle vivo sin ser mio; llegué hasta à desear su muerte, y pedirsela. El cielo ha visto mi corazon, y este esfuerzo debe redimir algunos yerros.

Viendo que estaba V. pronto à obedecerme fué forzoso hablar. La Chaillet me habia dado lecciones que me hicieron mas palpables los riesgos de mi confesion. El amor que me la sacaba me enseñó à eludir sus efectos. V. fué mi postrer refugio, y fué tanta mi confianza, que le armé contra mi flaqueza, creyendole digno de librarme de mi propia y fué justicia que le hice. Viendo que respetaba V. tan precioso deposito, conocí que no me cegaba mi pasion acerca de las virtudes que en su alma me hacia ver, y me entregaba à ella con tanta mayor confianza cuanto me parecia que se bastaban neces-

tros corazones uno à otro. Segura de no hallar en el mio afectos que no fuesen inocentes, disfrutaba sin precaucion de los atractivos de una dulce intimidad. Ay! no veia que con mi negligencia se arraigaba el mal, y que era mas peligrosa la costumbre que el amor. Compadecida de lo que V. enfrenaba sus acciones, creí que podia soltar algo la rienda à las mias, y fiada en la inocencia de mis deseos, pensé que estimularia en V. la virtud con los ternos cariños de la amistad. En el bosquecillo de Clarens conocí que habia presumido sobrado de mí, y que nada debe otorgarse à los sentidos cuando se les quiere negar algo. Un instante solo abrasó los mios en un fuego que nada pudo apagar, y si todavía se resistia mi voluntad, ya estaba estragado el corazon.

V. sintió el mismo desvario, y me atemorizó su carta. Era doble el riesgo, y para preservarme de V. y de mí fué preciso alejarme. Este fué el postrer esfuerzo de una falliente virtud. Con su fuga remató V. su victoria, y al punto que no le vi, me quitó mi desencacimiento la pocas fuerzas que para resistirle me quedaban.

Cuando dejó mi padre el servicio, se trajo consigo al señor de Wolmar; la vida que le debía y una amistad de veinte años hacian que quisiera tanto à este amigo, que no podia separarse de él. El señor de Wolmar era ya de madura edad, y aunque rico y de elevada cuna, no encontraba muger que pudiese convenirle. Habiale hablado mi padre de su hija como quien desecha que su amigo fuera su yerno; se trató de verla y con este designio hicieron el viaje juntos. Quiso mi destino que gustase yo al señor de Wolmar, que nunca habia amado. Se dieron en secreto palabra, y teniendo el señor de Wolmar varios asuntos que arreglar en una corte del norte donde tenia su familia y hacienda, pidió plazo, y se ausentó despues de contraido este empeño. Despues que se marchó nos declaró mi padre à mi madre y à mí que me le habia destinado para esposo, y me mandó con tono que no dejaba à mi natural timidez lugar à replica que

(1) El señor Richardson se rie de estas inclinaciones que nacen desde la primera vista, y se fundan en indefinibles conformidades. Muy bien hace en reirse de ellas; pero como hay muchas de esta especie, valiera mas, en vez de negarlas echando por el atajo, indicarnos medios de vencerlas.

(2) Cuando son imaginarias estas relaciones dura el amor tanto como la ilusion que nos las ha hecho imaginar.

me dispusiese à darle la mano. Mi madre que habia notado la inclinacion de mi corazon, y que le tenia à V. cierta aficion natural, probó varias veces à mudar esta determinacion: sin atreverse à proponer à V., hablaba de modo que mi padre le tuviera à V. en aprecio; y deseaba conocerle; pero la hidalgua que faltaba à V. le hizo insensible à todas las prendas que posee, y aunque convenia en que el nacimiento no puede reemplazarlas, añadia que solo él les puede dar su justo valor.

La imposibilidad de ser feliz atizó el fuego que habria debido apagar. Me sustentaba en mis quebrantos una halagüena ilusion, con ella perdi la fuerza de sobrellevarlos. Mientras que me hubiera quedado alguna esperanza de ser de V. hubiera acaso triunfado de mí, y menos costoso me habria sido resistir toda mi vida que renunciar à V. para siempre; la idea sola de una lid eterna me quitó la fuerza para vencer.

Consumian mi corazon la tristeza y el amor, y cai en un abatimiento de que se resintieron mis cartas. La que me escribió V. de Meillerie me remató juntándose con mis pesares propios el sentimiento de su desesperacion. Ay! siempre el animo mas flaco padece las penas de ambos. La determinacion que se atrevió V. à proponerme llevó à su cumulo mis incertidumbres. Era cierta la desventura de mi vida, la opcion inevitable que me quedaba era juntar con ella la de mis padres ó la de V. No pude sufrir esta horrible alternativa; tienen un termino las fuerzas de la naturaleza, y tantas agitaciones habian dejado exhaustas las mías. Ansiaba por verme libre de la vida, y pareció que escuchaba mis ruegos el cielo, pero me perdonó la cruda muerte para perderme. Le ví V., sané, y perecí.

Si no hallé en mis yerros la felicidad, tampoco habia esperado encontrarla. Sentia que estaba mi corazon formado para la virtud, y que sin ella no podia ser feliz; me rendí por flaqueza y no por error, y ni siquiera tuve la disculpa

de estar ciega. No me quedaba esperanza ninguna y no podia dejar de ser desgraciada. Igual necesidad tenia de amor que de inocencia, y no pudiendo conservarlos ambos, y contemplando el delirio de V., solo su interés consulté para decidirme, y me perdí por salvarle.

Pero no es tan facil como se piensa renunciar à la virtud, que atormenta largo tiempo à los que la abandonan; y sus dotes, que son las delicias de las almas puras, tambien son el primer castigo del malo que todavia las ama sin poder disfrutarlas. Culpada y no depravada, no pude evitar los remordimientos que me aguardaban; amaba la honestidad aun despues de haberla perdido; aunque secreta no fue menos amarga mi vergüenza, y no la hubiera sentido mas si todo el universo la hubiera presenciado. Me consolaba con mi dolor, como el herido que recela la gangrena, y que en el sentimiento de su mal cifra la esperanza de sanar de él.

No obstante era muy odioso para mí este estado de oprobio. A poder de querer sofocar la acusacion de mi conciencia sin renunciar al delito, me sucedió lo que à toda alma honrada que se estravia y se complace en sus descarríos. Vino una nueva ilusion à templar la amargura de mi arrepentimiento; esperé sacar de mi propio yerro un medio de repararle, y me atreví à formar el proyecto de precisar à mi padre à unirnos. Este dulce vinculo debia añadirle el primer fruto de nuestro amor, y se le pedia al cielo como la prenda de mi conversion à la virtud, y de nuestra mutua felicidad, descendó como otra en mi lugar hubiera podido temerle; y templando el tierno amor los gritos de mi conciencia con sus prestigios, me consolaba de mi flaqueza con el fruto que de ella aguardaba, y en que la esperanza y la gloria de mi vida vinculaba.

Luego que se hubieran manifestado señales sensibles de mi estado, estaba resuelta à declararlo públicamente al señor Perret (1), à presencia de toda mi familia. Timida soy, es cierto, y conocia

(1) *Pastor del pueblo (ministro de la iglesia protestante).*

cuanto debia costarme este paso; pero mi propio honor animaba mi esfuerzo, y mas queria sufrir una vez la confusion que habia merecido, que alimentar una perdurable vergüenza en lo interior de mi corazon. Sabia que me daria mi padre ó la muerte ó à mi amante; esta alternativa no me infundia susto ninguno, y de un modo ó de otro veia que con esta accion daba fin à todas mis desdichas.

Este era, mi amado amigo, el misterio que quise esconder de V., y que V., con tan curiosa inquietud procuraba adivinar. Mil motivos me forzaban à esta reserva con hombre tan arrebatado como es V. sin contar que no convenia armar con nuevo pretexto su imprudente importunidad. Sobre todo era del caso que no se hallara V. presente à tan peligrosa escena, y bien sabia yo que nunca habria consentido en abandonarme en tanto riesgo si lo hubiese sabido.

Ay! tambien se me frustró tan dulce esperanza. Deseché el cielo proyectos formados en el delito; no merecia yo el honor de ser madre; se desvanecieron todas mis esperanzas, y no me fué dado espiar mi culpa à costa de mi reputacion. Tal desesperacion fué la mia que la temeridad de la imprudente cita en que puse à riesgo la vida de V. me la distraza mi loco amor con tan dulce disculpa, me acababa à mi propia el de que se malograrán mis deseos, y seducido por ellos mi amor, en el ardor de satisfacerlos solo veia la intencion de hacerlos un dia legítimos.

Por un instante creí que se habian cumplido, este engaño fué mi mas penetrante dolor, y favorecido por la naturaleza el amor fué con mas crueldad frustrado por el destino. Ya ha sabido V. el azar que con el fruto que en mis entrañas llevaba destruyó la postrer base de mis esperanzas (1). Me sucedió esta desgracia justamente cuando nuestra separacion, como si hubiera querido el cielo agobiarme entonces con todos los males que habia merecido, y cortar à una todos cuantos lazos unimos podian.

La ausencia de V. puso termino à mis errores como à mis contentos, y reconocí, aunque muy tarde, las quimeras que me habian engañado. Víme tan despreciable como era, y tan desventurada como debia serlo siempre con un amor sin inocencia, y deseos sin esperanza que no era posible apagar. Atormentada con mil vanos pesares renuncié à reflexiones tan dolorosas como inútiles; ya no merecia yo la pena de pensar en mi propia, y consagré mi vida à ocuparme en V. No tenia mas honor que el de V., ni mas esperanza que la de su felicidad, y los afectos que de V. me venian eran los unicos que creia que podian moverme.

No me escondia el amor los defectos de V., pero me los hacia amar, y era tal mi ilusion, que le hubiera querido menos si hubiese sido mas perfecto. Conocia el corazon de V. y sus rebatos, y sabia que mas animoso que yo tenia V. menos paciencia, y que los males que abrumaban mi alma hubieran desesperrado la de V.; por esta razon le ocupé siempre con el mayor cuidado los empeños de mi padre, y cuando nos separamos, queriendo aprovechar el celo de milord Eduardo para sus adelantamientos, è inspirarsele tambien à V. le dí halagüenas esperanzas que yo no tenia. Mas hice: conociendo el riesgo que nos amenazaba tomé la única precaucion que nos podia preservar de él, y empeñándole à V. con mi palabra mi libertad, en cuanto me era dable, procuré infundir en V. confianza, y en mi entereza con una promesa que no me atreviese yo à quebrantar y que pudiera sosegarle. Convento en que era una obligacion pueril, y con todo jamas la hubiera violado. Tan necesaria es la virtud para nuestros corazones, que cuando una vez hemos abandonado la verdadera nos fraguamos luego otra à nuestra guisa, y nos asimos de ella con mas fuerza, acaso porque es de creacion nuestra.

No diré à V. cuantas agitaciones despues de su ausencia padece, y era la

(1) *Esto supone cartas que no se han hallado.*

peor de todas el temor de que me olvidase. Me hacia temblar la mansion en que V. residia; su metodo de vida aumentaba mis sustos, y ya creia que le veia envilecerse à punto de ser un cortajante de profesion. Mas cruel era para mi esta ignominia que todos mis males, mas hubiera querido ver à V. desdichado que despreciable, y despues de tantas penas à que estaba acostumbrada, era su deshonora la única que no podia aguantar.

Desvanecieronse los temores que empezaba à confirmar el estilo de las cartas de V., por un medio que para otra hubiera sido el cumulo de sus sobresaltos. Hablo del desorden à que se dejó V. arrastrar, y cuya pronta y espontanea confesion fué de todas las pruebas de su ingenuidad la que mas me llegó al corazon. Le tenia à V. sobrado conocido para ignorar cuanto debió costarle semejante confesion, aun cuando hubiera dejado de quererme, y vi que el solo amor, vencedor de la vergüenza, habia podido arrancarsela. Juzgué que un pecho tan sincero era incapaz de ocultar una infidelidad; vi que era mas leve la culpa que el merito de confesarla, y arrancandome de las promesas de V. me curé para siempre de mis zelos.

No por eso fui mas feliz, amigo mio, por un tormento menos sin cesar renacian otros mil, y nunca mejor conoci cuanta locura es andar buscando en los extravios de su corazon un sosiego que solo en la sabiduria se encuentra. Largo tiempo hacia que lloraba en secreto à la mejor de las madres, que insensiblemente iba consumiendome una debilidad mortal. Babi, de quien me habia precisado à fiarme el fatal efecto de mi caída, me vendió y descubrió nuestros amores y mi culpa. Apenas hube sacado las cartas de V. de casa de mi prima cuando fueron cogidas. Era convincente el testimonio, y la tristeza acabó de quitar à mi madre las pocas fuerzas que le habia dejado la enfermedad. Poco me faltó para que me cayera yo muerta de dolor à sus pies. Lejos de esponerme à la muerte que habia yo merecido, encubrió mi vergüenza y se contentó con gemir de

ella; à V. mismo que tan cruelmente la habia engañado no pudo aborrecerle. Yo fui testigo del efecto que produjo su carta en aquel tierno y compasivo corazon. Ay! deseaba su felicidad de V. y la mia. Mas de una vez intentó..... ¿De que sirve recordar una esperanza para siempre muerta? El Cielo lo habia dispuesto de otro modo. Acabó su triste vida con el sentimiento de no haber podido ablandar à un esposo severo, y dejar una hija indigna de ella.

Abrumada con tan cruel perdida me quedó à mi alma mas fuerza que para sentirla; y los gemidos de la naturaleza sofocaron las quejas del amor. Cogi una especie de horror à la causa de tantos males; quise al fin ahogar la odiosa pasion de que se habian originado, y renunciar à V. para siempre. Sin duda era preciso; ¿no tenia bastante porque llorar lo que me quedaba de vida, sin buscar incesantemente nuevos motivos de llanto? todo al parecer era propicio à mi resolucion. Si la tristeza entenece las almas, una afliccion profunda las endurece. La memoria de mi moribunda madre borraba la de V.; estabamos ausentes, y me habia abandonado la esperanza. Nunca fué tan sublime ni tan digna de ocupar sola todo mi corazon mi incomparable amiga, me parecia que le habian purificado su virtud, su razon, su amistad y sus tiernos cariños; era que estaba V. olvidado y yo sana. Era muy tarde; lo que habia atribuido à la frialdad de un estinguído amor solo era el abatimiento de la desesperacion.

Como un enfermo que ha privado en desmayo del sentimiento de sus males se recobra cuando crecen los dolores, en breve sentí yo renacer todos los males cuando me anunció mi padre el inmediato regreso del señor de Wolmar. Entonces fué cuando me dió el invencible amor fuerzas que ya creia perdidas. Por la vez primera de mi vida me atreví à resistir en su presencia à mi padre; le protesté claramente que nunca seria nada para mi el señor de Wolmar, que yo estaba determinada à morir soltera, que era dueño de mi vida pero no de mi corazon, y que no me haria variar de

idea. No hablaré à V. ni de su enojo ni de los malos tratamientos que tuve que padecer. Fué incontrastable; mi temor vencido me habia llevado al otro extremo, y si eran mis espresiones menos imperiosas que las de mi padre, eran tan resueltas.

Vió que habia yo tomado mi determinacion, y que nada grangearia conmigo valiendose de su autoridad. Un momento me creí libre de sus persecuciones; pero cual me paré cuando à deshora vi à mis plantas al mas severo de los padres enternecido, y deshaciendose en lagrimas? Sin permitir que me levantara me apretaba las rodillas, y clavando sus llorosos ojos en los míos, con una afectuosa voz que aun resuena dentro de mí, me dijo: Hija mia, respeta las canas de tu malhadado padre; no hagas que descienda con dolor à la tumba, como la que te llevó en su vientre: ah! quieres matar à toda tu familia?

flagase V. cargo de mi sobresalto. Su postura, su tono, su semblante, sus razones, esta horrorosa idea me trastornaron de modo que me dejé caer medio muerta en sus brazos, y solo despues de muchos sollozos que me aliviaron pude con doliente y desmayada voz responderle: «Oh padre! armada estaba contra las amenazas de V., pero no contra sus lagrimas, V. será quien quite la vida à su hija.»

Entramos de tal modo estabamos agitados, que no pudimos sosegarlos en mucho tiempo. No obstante, recapacitando sus ultimas palabras, me hice cargo de que estaba mas bien informado de lo que yo creia, y determinada à valerme contra él de las noticias que tenia, me disponia à riesgo de mi vida à confesarle lo que tanto tiempo le habia ocultado, cuando parandome con viveza, como si hubiera previsto y temido lo que le iba à decir, me habló así:

«Se el antojo indigno de una señorita de tu cuna que en lo interior de tu corazon conservas; tiempo es ya de sacrificar à tu obligacion y à la honestidad una vergonzosa pasion que te deshonra, y que nunca satisfaras, como no sea à costa de mi vida. Escucha una vez lo

que de ti exigen el honor de tu padre y el tuyo, y juzgale à ti propia.

El señor de Wolmar es sugeto del mas elevado nacimiento, adornado de todas las prendas que le pueden dar realce, que disfruta del aprecio del publico y le merece. Le debo la vida y sabes los empeños que con él he contraído. Lo que es menester que tambien sepas es que habiendo ido à su pais para dar orden à sus negocios, se ha hallado envuelto en la ultima revolucion, le han quitado sus bienes, y solo por una dicha singular se ha librado de un destierro à Siberia; y que con las tristes reliquias de su caudal vuelve fiado en la palabra de su amigo, que nunca se la quebrantó à ninguno. Prescribeme ahora como le he de recibir à su regreso. ¿Le diré: caballero, le habia prometido à V. la mano de mi hija cuando era rico, ahora que nada tiene me retracto, y ella no le quiere à V.? Si no esplico así mi retractacion, así la interpretarán, achacarán à pretexto el alegar tus amores, ó serán nueva afrenta para mí, y grangearemos ambos la reputacion, tú de una moza perdida, y yo la de un picaro que sacrifica à un vil interes su obligacion y su palabra, y junta con la felonía la ingratitude. Hija mia, es muy tarde para acabar con oprobio una vida sin mancilla, y no se abandonan en un cuarto de hora sesenta años de honor.

Mira, continuó, cuan fuera de sazón es cuanto ahora me puedes decir; mira si preferencias que reprueba el pudor, y si algun efimero fuego de mocedad, pueden contrapesar las obligaciones de una hija, y el honor de su padre comprometido. Si se tratara solamente de que uno de los dos sacrificara su dicha al otro, te disputara mi ternera tan dulce sacrificio; pero, hija mia, se ha explicado el honor, y en la sangre que por tus venas corre, siempre es él quien decide.»

No me faltaban sólidas respuestas à este razonamiento; pero las preocupaciones de mi padre le han imbuido en principios tan distintos de los míos, que razones que à mi parecian sin re-

plica, no le hubieran siquiera hecho vacilar. Ignorando por otra parte de donde venían las noticias que al parecer de mi conducta tenía, ni hasta donde podían llegar; recelando por su afectación en interrumpirme que hubiese ya formado su resolución acerca de lo que decirle pudiera, y contenida mas que todo por una vergüenza que nunca he podido vencer, quise mas bien recurrir à una disculpa que me pareció mas segura, porque era mas análoga à su modo de pensar. Le declaré sin ambigüedades el empeño que con V. tenía contraído, protesté que no faltaría à mi palabra, y que sucediera lo que sucediese, nunca me casaría sin su consentimiento.

Efectivamente, vi con satisfacción que no le pesaba de mi escrupulo; me aleó mucho mi promesa, pero no se opuso à que la cumpliera; tan natural es en un noble lleno de honor la alta idea de la fe de las promesas, y tanto reputa por cosa siempre sagrada la palabra dada. En vez de pararse en disputas acerca de la nulidad de esta promesa, en que nunca hubiera yo convenido, me obligó à escribir una esquila, que incluyó en una carta suya, y la envió al instante al correo. Con que agitación aguardaba yo la respuesta de V. cuánto anhelaba porque fuese menos escrupuloso de lo que debía ser! Pero le tenía sobrado conocido para dudar de la resignación de V., y sabía que cuanto mas penoso era el sacrificio, con mas presteza se sujetaría V. à él. Llegó la respuesta, y me la ocultaron durante mi enfermedad; luego que estuve sana se confirmaron mis temores, y no me quedó mas escusa; à lo menos me declaró mi padre que no admitiría ninguna, y con el ascendiente que en mi voluntad le daba la terrible espresion que me había dicho, me hizo jurar que no diría al señor de Wolmar cosa ninguna que de mi casamiento le desviase; porqué, añadió, le parecería un juego concertado entre nosotros; y sea como fuere, es menester que se efectue este matrimonio, ó que me muera yo de pesar.

Ya V. sabe, amigo mio, que mi sa-

lud tan robusta contra las fatigas y la intemperie, no puede resistir à la de las pasiones, y que la fuente de todos mis males de cuerpo y de animo está en mi corazón. Ya sea que tan porfiados pesadumbres hubiesen corrompido mi sangre, ó que hubiera la naturaleza escogido esta época para purificarla de una funesta levadura, me sentí muy indispuesta al fin de esta conversacion. Al salir del cuarto de mi padre me esforcé à escribir à V. dos palabras, y me hallé tan mala que cuando me metí en la cama esperaba no volverme à levantar. Todo lo demas lo sabe V.; mi imprudencia fué causa de la suya. Vió V. le ví, y creí que había sido uno de aquellos sueños que tantas veces me le representaban en mi delirio. Pero cuando supe que había V. venido, que le había visto realmente, y que queriendo participar de un mal que no podía curar se le había V. inoculado de intento, no pude sufrir esta última prueba, y viendo amor tan tierno que à la esperanza sobrevivía, el mio, que con tanto trabajo enfrenaba yo, corrió à rienda suelta, y revivió con mas ardor que nunca. Vi que era menester que contra mi voluntad amase; sentí que era preciso que fuese culpada, que no podía resistir ni à mi amante ni à mi padre, y que nunca concordaría los derechos del amor y la sangre como à costa de la honestidad no fuese. Así se acabaron de apagar todos mis sentimientos sanos, se alteraron todas mis facultades, perdí su horror à mis ojos el delito, me sentí toda diferente en mi interior, finalmente los desesperados rebatos de una pasión ensañada con los obstáculos me stunicaron en la mas horrenda desesperación que agobiar una alma puede, y me atreví à desesperar de la virtud. La carta de V., mas capaz de despertar el remordimiento que de preverle, acabó de descarriarme. Tan estragado estaba mi corazón, que no podía ni razon resistir à los razonamientos de los filosofos de V., y fueron osados à presentarse à mi espíritu horrores que jamas le habían mancillado: todavía los repelia la voluntad, pero se acostumbra-

ba la imaginacion à figurarselos, y si de antemano no reinaba el delito en lo interior de mi corazón, tampoco formaba aquellas generosas resoluciones que son solas capaces de hacerle resistencia.

Apenas puedo proseguir: ¡paremos un momento! Acuértese V. de aquellos tiempos de inocencia y felicidad, en que apuraba todos nuestros afectos el fuego tan vivo y tan sereno que nos animaba, en que su ardor santo (1) nos hacía mas grato el pudor, y mas amable la honestidad; en que los deseos mismos parecían que solo nacían para que adquiriesemos la gloria de vencerlos y ser mas dignos uno de otro. Repase V. nuestras primeras cartas, piense en aquellos tan cortos y no bien disfrutados instantes, en que se arreaaba à nuestros ojos el amor con todas las dotes de la virtud, y nos queríamos tanto que no formábamos lazos que esta no aprobase.

¿Que éramos, y adonde hemos venido à parar? Pasaron un año entero dos tiernos amantes en el silencio mas riguroso; no se atrevían à exhalar sus suspiros, pero satisfechos con saberse vencer, y darse recíprocamente el honesto testimonio de su triunfo, pasaron otro año con no menos severa reserva: se contaban su martirio, y eran felices. Sustentaron mal esta batalla; los estravió un momento de flaqueza, y se olvidaron en los delcites; pero si dejaron de ser castos, eran à lo menos fieles, à lo menos autorizaban el cielo y la naturaleza los vinculos que habían estrechado, à lo menos tenían siempre en mucha valía la virtud, la amaban todavía, y todavía sabían honrarla, no tanto se habían estragado cuanto envilecido: menos acreedores à ser felices, todavía lo eran.

¿Que hacen ahora estos amantes tan tiernos que en tan pura llama ardan, y que tan bien sabían despreciar la honestidad? quien lo sabrá sin gemir de su suerte? Se han entregado al delito; ni aun la idea de manchar el lecho conyu-

gal les pone horror... Adulterios premeditan. ¡Y que, son los mismos! no han mudado sus almas! ¿Como puede borrarse de los corazones donde ha brillado la encantadora imagen que nunca vió el perverso? como no hace el atractivo de la virtud à quien una vez le ha conocido que para siempre le repugne el vicio? cuantos siglos han sido necesarios para producir tan estraña mudanza? que dilatado espacio de tiempo ha podido destruir tan deliciosa memoria, y hacer que perdiera la verdadera conciencia de la felicidad quien pudo una vez paladearla? Ah! si es lento y penoso el primer desorden, cuan presto y fáciles son todos los demas! Oh prestigio de las pasiones, tú deslumbras la razon, engañas la sabiduria, y mudas la naturaleza antes que seas conocido! Nos estraviáramos un solo instante de nuestra vida, nos desvíamos un paso solo del sendero derecho, y al punto nos arrastra y nos pierde un inevitable despeñadero; caemos al fin en la sima, y nos despertamos atonitos al vernos cargados de delitos con un corazón inclinado à la virtud. Mi buen amigo, corramos otra vez el velo; ¿que necesidad tenemos de ver el horroroso precipicio que nos esconde para evitar el arrimarnos à él? Sigo mi narracion.

Llegó el señor de Wolmar, y no le arredró lo demudado de mi semblante. Mi padre no me dejaba sosegar: iba à concluirse el luto de mi madre, y era mi dolor à prueba del tiempo. Ni uno ni otro podía alegar para eludir mi promesa, y fué menester cumplirla. El día que para siempre me debía privar de V. y de mi misma me pareció el postrero de mi vida, y los preparativos de mi sepultura los hubiera contemplado con menos terror que los de mis bodas. Cuanto mas se acercaba el instante fatal menos podía desarraigar de mi corazón mis primeras inclinaciones y las incitaban mis esfuerzos para estinguirlas. Finalmente me cansé de una lid inútil. En el mismo punto en que iban mis labios à jurar à otro fidelidad eterna, todavía juraba mi

(1) *Ardor santo! ¡Julia, ah Julia, que espresion para una muger que tan sana se cree!*

corazon á V. perpetuo amor; y fui conducida al templo cual victima impura que marcha á las aras donde van á sacrificarla.

Llegado que hube á la iglesia senti al entrar una especie de emocion que nunca habia experimentado. No sé que terror vino á sobrecoger mi animo en este sencillo y augusto lugar, todo lleno de la majestad de aquel que en él se adora. Ilizome estremecer un subitaneo terror; temblando y casi desmayada, apenas pude arrastrarme hasta el pie del altar. Lejos de tranquilizarme, senti que crecia mi turbacion durante la ceremonia, y si me dejaba que distinguiera los objetos era para que me atormentasen. La sombría claridad del edificio, el profundo silencio de los espectadores, su modesto y meditabundo semblante, la comitiva de todos mis parientes, el respetable aspecto de mi venerado padre; todo inundaba á lo que iba á suceder un caracter solemne que mi atencion y mi respeto escitaba, y que me hubiera hecho estremecer con sola la idea de un perjurio. Creí que veía el órgano de la Providencia, y oía la voz de Dios, cuando recitaba el ministro la santa liturgia. La pureza, la dignidad y la santidad del matrimonio con tan vivos colores en las palabras de la Biblia retratadas; sus castas y sublimes obligaciones, que tanto á la felicidad, al orden, á la propagacion y á la paz del linaje humano importan, y que en si propias son tan suaves de desempeñar; todo esto tanta impresion me hizo, que creí que sentia interiormente una revolucion repentina. Parecia que á deshora un no conocido poder emendaba lo desordenado de mis inclinaciones, y las restablecia conforme á la ley de la obligacion y la naturaleza. Los ojos de Dios que todo lo ven, decia yo para mí, penetran ahora lo recondito de mi corazon, y comparan mi voluntad oculta con la respuesta de mi boca; testigos son cielo y tierra del sagrado empeño que contraigo, y tambien lo serán de la fidelidad de mi observancia. ¿Que derecho puede respetar entre los hombres quien á violar el primero de todos se atreve?

Habiendo por acaso mirado al señor

y á la señora de Orbe, que vi uno junto á otro, clavados en mi sus entrecerrados ojos, me movió todavía con mas fuerza que todos los demas objetos. Virtuosos y amable pareja, ¿por que conocéis menos el amor, vivís menos unidos? Os estrechan la obligacion y la honestidad; amigos tiernos, fieles esposos, sin que os abraze aquel fuego devorador que consume el alma, os amais con un puro y sereno afecto que la alimenta, que la sabiduria autoriza y la razon dirige, y sois mas solidamente felices. ¡Ojala que en igual vinculo cobre yo la misma inocencia, y disfrute la propia felicidad! Si no la he merecido, como vosotros, á ejemplo vuestro me haré digna de ella. Estos afectos escitaron mi esfuerzo y mi esperanza. Contemplé el vinculo santo que á formar iba como un nuevo estado que debia purificar mi alma, y restituirla al cumplimiento de todas sus obligaciones. Cuando me preguntó el Pastor si prometia obediencia y perfecta fidelidad al que por esposo admitia, se lo prometieron de consuno mi corazon y mis labios. Lo cumpliré hasta la muerte.

De vuelta á casa suspiraba por una hora de soledad y meditacion. La logré no sin dificultad; y aunque tanto anhelaba por aprovecharme de ella, me examiné al principio con repugnancia, con temor de no haber experimentado mas que una efemera fermentacion con la mudanza de mi estado, y encontrarme tan indigna esposa como habia sido poco casta soltera. Era segura, pero peligrosa, la prueba; empecé pensando en V. Me daba testimonio de que no habia profanado ninguna memoria tierna el solemne empeño que acababa de contraer. No podia comprender por que portento la obstinada imagen de V. me habia podido dejar tanto tiempo en paz, cuando tantos motivos de acordármela habia; me hubiera desconfiado de la indiferencia y el olvido como de un estado falaz que era en mi muy poco natural para que fuese duradero, pero no tenia que recluir esta ilusion; senti que le amaba á V. tanto y acaso mas que nunca, pero lo senti sin sonrojo, y vi que para pensar en V. no necesitaba olvidarme de que era mu-

ger de otro. Mi corazon estaba conmovido al decir dentro de mí cuanto le queria á V.; pero estaban tranquilos mis sentidos y mi conciencia, y desde este punto conocí que realmente estaba mudada. ¡Que torrente de puras alegrías vino entonces á inundar mi alma! que afecto de paz, borrado tanto tiempo habia, vino á dar nuevo aliento á mi corazon marchito con la ignominia, y á difundir por toda mi existencia serenidad nueva! Creí que me sentia renacer, y que volvia á otra nueva vida. Dulce y consoladora virtud, por tí vuelvo á empezar la mia, tú harás que la ame, á tí quiero consagrarla. Ah! en demasia sé cuanto perderte cuesta para que segunda vez te abandone!

Estática de gozo con tamaña, tan inesperada y tan repentina mudanza, me atreví á contemplar la situacion en que el día antes me hallaba, y me estremeció el indigno abatimiento á que me habia reducido el olvido de mi propia, y de todos los peligros que desde mi primer extravio habia corrido. ¿Que feliz revolucion me acababa de mostrar el horror del delito que me habia tentado, y despertaba en mí el amor de la sabiduria? por que dicha tan rara habia sido yo mas fiel al amor que al honor que tanto habia adorado? por que favor de la suerte no me habia abandonado á nevias inclinaciones la inconstancia de V. ó la mia? como hubiera yo opuesto á otro amante resistencia que ya el primero habia vencido, y vergüenza acostumbrada á ceder á sus deseos? Habria respetado mas los derechos de un estinguendo amor que lo que habia respetado los de la virtud, cuando aun de todo su imperio gozaba? que certeza habia tenido yo de amar á V. solo en el mundo sino un conocimiento interior que se figuran que tienen todos los amantes, que se juran eterna constancia, y se perjuran siempre que le place al cielo mudar sus corazones? Así una caída hubiera facilitado la siguiente, y hubiera el habito del vicio borrado su horror á mis ojos. Arrastrada del deshonor á la infamia, sin remora que me detuviese, de engañada amante me tornaba muger prostituta, oprobio de mi sexo, y

afrenta de mi familia. ¿Quien me ha preservado de efecto tan natural de mi primer yerro? quien me ha contenido despues de dado el primer paso? quien me ha conservado en mi reputacion y en la estimacion de los que quiero? quien me ha puesto bajo la tutela de un esposo prudente, virtuoso, amable por su caracter y tambien por su persona, y lleno de un cariño y un respeto que tan mal he merecido? finalmente, ¿quien me permite que aspire todavía al titulo de muger honrada, y me da aliento para que á él me haga acreedora? Lo veo y lo siento; la diestra protectora que por entre las tinieblas me ha guiado es la que corre el velo del error que mis ojos cubria, y me restituye contra mi voluntad á mi propia. La secreta voz que no cesaba de murmurar en lo hondo de mi corazon se alza y truena con mas fuerza, cuando estaba á pique de zozobrar. No ha permitido el Autor de toda verdad que saliera yo de su presencia culpada de un vil perjurio, y precaviendo con mis remordimientos mi delito, me ha mostrado el abismo en que á descaer me iba. ¡Eterna Providencia, por cuyas leyes se arrastra el insecto y se vuelven los cielos, tú vigilas sobre la menor de tus obras, tú me llamas al bien que quisiste que amara! Dignate admitir de un corazon apurado con tus auxilios el tributo que tú sola has hecho digno holocausto tuyo.

Penetrada al punto de una vehemente conciencia del peligro de que me veía libre, y del estado de honor y seguridad en que restablecida me sentia, y me posé en el suelo, alcé suplicante las manos al cielo é invoqué al Ser que en él tiene su trono, y que cuando quiere sustenta ó destruye con nuestras propias fuerzas la libertad que nos da. Quiero, le dije, el bien que tú quieres, y cuya fuente eres tú solo; quiero amar al esposo que me has dado; quiero ser fiel porque es la obligacion primera que estrecha la familia y toda la sociedad; quiero ser casta, porque es la primera virtud que todas las demas alimenta; quiero todo cuanto es consecuencia del orden de la naturaleza que tú has esta-

blecido, y de las reglas de la razon que de ti proceden: en tutela tuya pongo mi corazon, y en tu mano mis deseos. Haz que se conformen todas mis acciones con mi voluntad constante que es la tuya, y no permitas de hoy mas que pueda mas el error de un instante que la intencion de toda mi vida.

Despues de esta corta oracion, la primera que con verdadero fervor he hecho, me senti de tal modo afianzada en mis determinaciones, me pareció tan suave y tan facil el ponerlas en practica, que vi claro de donde habia de sacar en adelante las fuerzas que para resistir à mi propio corazon necesitaba, y que en mi misma no podia encontrar. Este descubrimiento solo me dió nueva confianza, y lloré la triste ceguedad que tanto tiempo habia sido causa de que se me ocultase. Nunca habia sido absolutamente irreligiosa, pero acaso valdria mas no tener religion que tenerla estérna y de meras ceremonias, que tranquiliza la conciencia sin sanar el corazon; que se ciñe à formulas y cree exactamente en Dios à ciertas horas del dia para no pensar mas en él lo demas del tiempo. Rígida observante del culto público, no sabia aprovecharme de él para la vida practica. Tenia la conciencia de mi buena índole, y me dejaba llevar de mis inclinaciones; gustaba de reflexionar, y me habia de mi razon; no pudiendo uniformar el espíritu del Evangelio con el del mundo, ni la fe con las obras, habia adoptado un medio que contentaba mi vana sabiduria; tenia unas maximas para creer y otras para obrar; olvidaba en un sitio lo que en otro habia pensado; devota en la iglesia y filosofa en mi casa, ay! no era nada en parte ninguna; mis oraciones eran voces, sofismas mis ratiocinios, y la luz que seguia al falaz brillo de fuegos fatuos que para descarrillarme me guiaban.

No puedo decir à V. cuanto desprecio me ha infundido este principio interior que hasta aqui me habia faltado à los que antes tan mal me han conducido. ¿Cual era, diga V., su razon primitiva? y en que cimientos estaban fundados? Me dirige al bien un instinto

feliz, se suscita una violenta pasion, cuya raiz en este mismo instinto se halla. ¿que he de hacer para destruirla? De la contemplacion del orden colijo la belleza de la virtud, y de la utilidad general su bondad. ¿Pero que importa todo esto à mi instinto privado? y de verdad que me interesa mas mi felicidad à costa de los demas hombres, ó la de los demas à costa de la mia? Si me estorba el miedo de la vergüenza ó del castigo que obre mal en beneficio mio, no tengo mas que hacer que obrar mal en secreto, y nada tiene que echarme en cara la virtud; y si me cogen en culpa seré castigada como en Esparta, no por mi delito sino por mi poca maña. Por fin si ha estampado la naturaleza el tipo y el amor de la belleza en el interior de mi alma, tendré regla cierta mientras que no se desfigure; pero, quien me fia que haya de conservar siempre pura esta imagen interior, que entre los seres sensibles no tiene modelo que de comparacion pueda servir? no sabemos que los afectos desordenados, no menos que la voluntad, estragan el entendimiento, y que se altera y se modifica insensiblemente la conciencia en cada siglo, en cada pueblo, y en cada individuo segun la versatil variedad de las preocupaciones?

Adore V., digno y prudente amigo, al Ser eterno, y de un soplo destruye esas fantasmas de la razon, que solo vanas apariencias tienen, y como las sombras se desvanecen ante la inmutable verdad. Nada existe sino por el que es el es quien ha señalado blanco à la justicia, apoyo à la virtud, y paga à esta deleznable vida empleada en su servicio; el quien no cesa de gritar al oido del culpado que han tenido testigos sus delitos ocultos, y quien sabe decir al justo olvidado: presentes tengo tus virtudes; él, su inalterable sustancia, es quien forma el verdadero arquetipo de las perfecciones cuya estampa está grabada dentro de nosotros. En balde la desfiguran nuestras pasiones, concusos todos sus lineamientos con la esencia infinita, se representan siempre à la razon, y le sirven para retocar cuanto en

ella alteran el error y la impostura. Faciles me parecen estas distinciones, y hasta el sentido comun para hacerlas. Todo quanto de esta esencia no puede separarse es Dios; todo lo demas obra de los hombres. Con la contemplacion de este tipo divino se apura y se levanta el alma, y aprende à despreciar sus bajas inclinaciones y sus viles afectos. Penetrado un corazon de estas verdades sublimes, se niega à las mezquinas pasiones humanas; aquella infinita grandeza le desprende de su soberbia; el raptó de la meditacion desarraiga los terrenales deseos; y aun cuando no existiera el Ser inmenso en que se ocupa, todavia fuera bueno que sin cesar contemplara en él, para ser mas dueño de si propio, mas esforzado mas feliz y mas sabio.

¿Quiere V. un ejemplo sensible de los vanos sofismas de la razon, cuando solo en si misma se apoya? Consideremos con frialdad los razonamientos de esos filosofos, dignos apologistas del delito, que nunca sedujeron à corazones que no estuviesen ya estragados. ¿No diriamos que, asestando derechamente sus tiros contra el mas santo y mas solemne de los contratos, han resuelto estos peligrosos silogistas aniquilar de un golpe solo toda la humana sociedad, que en la fe de los convenios está cimentada? Pero vea V. por su vida de que modo disculpan un adulterio secreto. Porque no resulta, dicen, ningun perjuicio, ni aun al esposo que lo ignora; como si para tener certeza de que lo ignorará siempre, como si para autorizar el perjuicio y la infidelidad, basta con que no perjudicase à otro, como si no fuera suficiente para execrar el delito con el mal que à los que le cometen causa: ¿pues que, no es malo violar la fe, aniquilar en quanto à uno es dable la fuerza del juramento y de los mas inviolables contratos? no es malo precisarse à si propio à tornarse alevé y falso? no es malo formar vinculos que hacen desear el mal y la muerte agena; y la muerte del mismo que mas debemos amar, y con quien hemos hecho juramento de vivir? no es malo un estado

que por fruto produce otros mil delitos? Un bien que, tantos males produce, se ya seria un mal en si. ^{sup. evaluado} ¿Pienso uno de los dos adulteros que es inocente, porque acaso es libre por su parte, y no quebranta la fe à nadie? Es una torpe equivocacion. No es solo interes de los esposos, sino causa universal de los hombres que no se altere la pureza del matrimonio. Cada vez que en un lazo solemne se juntan dos esposos, interviene alli una estipulacion tacita de todo el linaje humano de respetar este sagrado vinculo, de honrar en ellos la union conyugal; y esta me parece una razon de mucho peso contra los matrimonios clandestinos, que no presentando señal ninguna de esta union, esponen à inocentes corazones à arder en una adúltera llama. El publico es fiador en algun modo de un convenio celebrado à su presencia, y puede decirse que está el honor de una casada casta bajo la especial proteccion de todos los hombres de bien. Así quien à corromperla se prueba peca, lo primero porque la induce à pecar; y siempre es uno partícipe de los delitos que cometer hace; y tambien peca el por su accion, porque quebranta la fe publica y sacrosanta del matrimonio, sin la cual nada legitimo puede subsistir en el orden de las cosas humanas.

El delito es oculto, dicen, y no resulta perjuicio ninguno à nadie. Si creen estos filosofos en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, ¿pueden llamar secreto un delito cuyo testigo es el mas ofendido, y el unico verdadero juez? Extraño secreto el que à los ojos de todos se esconde, menos à los de aquel à quien mas interesa esconderse! Aun cuando no reconocieran la presencia de la Divinidad, ¿como se atreven à sustentar que no perjudican à nadie? como prueban que para un padre es indiferente tener herederos que no sean de su sangre, verse cargado con mas hijos que los que acaso hubiera tenido, y forzado à partir su caudal con las prendas de su deshonor, sin sentir cerca de ellos entrañas de padre? Supongamos materialistas à estos argu-

mentantes, mas fundamentos hay todavía para oponerles la suave voz de la naturaleza, que en lo interior de todos los corazones clama contra una altiva filosofía, y contra la cual nunca se han alegado valdezas razones. Efectivamente si solo el cuerpo produce el pensamiento, y si depende el sentir unicamente de los órganos, ¿no deben dos seres formados de una misma sangre tener entre sí mas estrecha analogía, y mas fuerte apego uno á otro, y parecerse en el alma como en el rostro, lo cual es razon muy poderosa para amarse?

¿No es, en dictamen de V., irrogar perjuicio ninguno el aniquilar ó perturbar con una sangre estraña esta natural union alterando en su principio el mutuo afecto que debe unir entre sí todos los miembros de una familia? hay en el mundo un hombre de bien que no tuviese horror de mudar el hijo del otro en la cuna? y es menor el delito, si le muda en el vientre de su madre?

Si contemplo mi sexo en particular; ¿que de males veo en este desorden que pretenden que no hace mal ninguno! Aunque no fuera mas que envilecer á una muger culpada que la perdida del honor priva en breve de todas las demas virtudes, ¿que de indicios sobrado ciertos para un tierno esposo de un trato que presume justificado con el secreto, ¿aunque no sea mas que el no ser amado de su muger! ¿Que otra cosa harán sus arteros cuidados que probar mejor su indiferencia? Se engañan los ojos del amor con fingidos cariños? ¿Que suplicio, sentir junto á un objeto querido, que nos abraza la mano, y nos repele el corazón! Quiero que sea la fortuna propicia á una prudencia que tantas veces ha frustrado; no hago por ahora aprecio de la temeridad de fiar su fingida inocencia y el ageno sosiego de precauciones que se complace el cielo tantas veces en hacer vanas, ¿que de engaños, que de mentiras, que de falsías para encubrir un trato ilícito, para engañar á un marido, para corromper á los criados, para deslumbrar al publico! que escandolo para los complices! que ejemplo para los hi-

jos! ¿que será de su educacion en medio de tantos cuidados para satisfacer impunemente culpados fuegos? que será de la paz doméstica y de la union de los caudillos de la familia? y que, en todo esto no es perjudicado el esposo? pues quien lo resarcirá de un corazón que se le debía? quien podrá restituírle una muger estimable? quien le dará la confianza y el sosiego, quien le sanará de sus justas sospechas? quien hará que se fie un padre de los afectos naturales, cuando tiene en sus brazos á su propio hijo?

Por lo que hace á las pretensas conexiones que entre las familias pueden formar la infidelidad y el adulterio, esta mas que razon seria es un tosco y absurdo donaire, que no merece otra respuesta que la indignacion y el desprecio. Bastante manifiestan las traiciones, las riñas, los duelos, los homicidios, y los tosigos con que este desorden en todos tiempos ha cubierto la tierra, lo que pueden esperar el sosiego y la union de los hombres de la intimidad que forma el delito. Si alguna especie de sociedad de este vil y despreciable trato resulta, es parecida á la de los saltadores de caminos, que es necesario destruir y aniquilar para poner en salvo las legítimas sociedades.

He procurado suspender la indignacion que me inspíran estas maximas para ventilarlas sosegadamente con V. Cuanto mas desatinadas las encuentro, menos debo desdeñarme de impugnarlas, para avergonzarme yo propia de haberlas escuchado acaso sin la suficiente repugnancia. Ya ve V. que mal sufren el examen de la sana razon. ¿Pero donde se ha de hallar la sana razon, sino en aquel que es su fuente? y que hemos de pensar de los que consagran á perder á los hombres aquella antorcha divina que les dio Dios para guiarlos? Desconfiemos de una filosofía parlera, desconfiemos de una falaz virtud que da por el pie á todas las virtudes, y se aplica á justificar todos los vicios para estar autorizada á practicarlos todos. El mejor medio de hallar lo bueno es indagarlo con sinceridad, y no puede seguirse taicho tien-

po esta indagacion sin subir al autor de todo lo bueno. Esto es lo que á mi parecer hago yo desde que me ocupo en rectificar mis sentimientos y mi razon, y esto es lo mejor que yo hará V. cuando quiera seguir el mismo camino. Mucho me consuela pensar que con frecuencia alimentaba V. mi espíritu con las sublimes ideas de la religion; y no teniendo su corazón nada escondido para el mio, no me hubiera V. hablado así si pensara de otro modo, y tambien me parece que estas conversaciones eran muy gratas para ambos. Nunca fue para nosotros importuna la presencia del Ser supremo, que mas esperanza que susto nos infundia, porque nunca atemorizó sino el alma de un perverso. Nosotros nos complaciamos en que fuera testigo de nuestras conversaciones, y en elevarnos juntos hasta él. Si alguna vez nos humillaba la vergüenza, deciamos gimnido de nuestras flaquezas: á lo menos ve lo interior de nuestros corazones y quedabamos mas sosegados.

Si nos estravió esta confianza, al principio en que iba fundada toca reducirnos al buen camino. ¿No es cosa indigna de un hombre no poder nunca vivir acorde consigo mismo; tener una regla para sus acciones y otra para sus opiniones, obrar como si no tuviera cuerpo, apropiarse nunca á su ser todo entero nada de cuanto en su vida ejecuta? Yo por mi hallo que con nuestras antiguas maximas es muy fuerte quien no las tiene y fútiles especulaciones. La flaqueza es propia del hombre, y el Dios misericordioso que le crió se la perdonará sin duda; pero el delito es propio del perverso, y no quedará impune ante el Autor de toda justicia. Un incredulo de buena indole se entrega á las virtudes que ama; obra bien por gusto y no por decepcion. Si son rectos sus deseos los sigue sin violencia, y lo mismo los seguirá si no lo fueren: ¿porque que motivo tiene de incomodarse? Mas aquel que al padre comun de los hombres sirve y quiere, se cree á mas alto fin destinado; el

ansia de alcanzarle alienta su fervor, y siguiendo regla mas segura que sus inclinaciones, sabe practicar el bien que le cuesta trabajo, y sacrificar á la ley de sus obligaciones los deseos de su corazón. Este es, amigo mio, el heroico sacrificio á que somos ambos llamados. Hubiera sido el amor que nos unia encanto de nuestra vida: sobrevivió á la esperanza, arrojó la ausencia y el tiempo, resistió por fin á todas las pruebas. Tan acrisolado afecto no debía perecer por sí propio, y de sola la virtud era digno holocausto.

Mas diré á V.: todo ha mudado en nosotros, es preciso que tambien se mude su corazón: Julia de Wolmar ya no es su antigua Julia; la revolucion de los afectos de V. para con ella es inevitable, y solo queda la opcion de efectuar esta mudanza en honor del vicio ó de la virtud: tengo presente cierto pasaje de un autor que V. no recusará: «De su mayor encanto, dice, vive privado el amor, cuando le abandona la honradez, y para conocer todo cuanto vale es preciso que se deleite en él el corazón, y que se encumbre encubriendo el objeto amado. Quitele la perfeccion, y se acabó el entusiasmo; quitele la perfeccion y no es nada el amor. ¿Como puede honrar una muger al hombre que se deshonoró como podrá este adorar á la que sin reparo á un vil corruptor se haya abandonado? En breve así se despreciarán recíprocamente; solo un comercio vergonzoso sera para ellos el amor; verán á su honor perdido, y no hallarán la felicidad (1)». Esta es nuestra leccion, amigo mio; V. es quien la ha dictado. ¿Se han amado nunca nuestros corazones con mas delicia, y ha sido nunca la honestidad tan preciosa para ellos como en el feliz tiempo que se escribió esta carta? Vea V. adonde nos conduciría hoy un culpado ardor que se alimentaría á costa de los mas suaves raptos que arroban las almas. El horror del vicio, que en ambos es tan natural, cundiría en breve al complice de nuestro yerro; nos abandonaríamos por habernos amado en de-

(1) Véase la primera parte, carta XXIV.

masia, y se apagaría el amor en los remordimientos. ¿No vale más apurar un afecto tan precioso para hacerle duradero? no vale más conservar cuanto más dulce en él había? Si, digno y buen amigo mío, para amarnos siempre es preciso que renunciemos uno á otro. Olvidémonos de todo lo demás, y sea V. amante de mi alma. Tan grata es esta idea que consuela de todo lo demás.

Esta es la fiel imagen de mi vida, y la historia ingenua de todo cuanto en mi corazón ha sucedido. No dude V. que le quiero y siempre le querré. El afecto que con V. me estrecha es todavía tan tierno y tan vehemente, que pudiera sobresaltar á otra, pero yo he conocido uno tan distinto que no puedo desconfiar de este. Conozco que ha mudado de naturaleza, y en esto á lo menos mis yerros pasados motivan mi actual confianza. Sé que las reglas del bien parecen, y una virtud de ostentación exigirían todavía más, y no se contentarían hasta que me olvidase totalmente de V.; pero creo que tengo una regla más infalible, y esa es la que sigo. Consulto en secreto mi conciencia; esta de nada me acusa, y nunca engaña á una alma que con sinceridad le da oídos. Si no basta esto para justificarme con el mundo, basta para mi propia tranquilidad. ¿Como se ha efectuado tan feliz mudanza? Lo ignoro: lo que sé es que la he deseado con todas veras, y Dios solo ha hecho lo demás. Yo pienso que una alma estragada una vez, lo está para siempre, y nunca vuelve al bien por sí misma, á menos de una revolución repentina; de una pronta mutación de suerte y estado que subitamente varia todas sus relaciones, y con un trastorno violento la ayuda á encontrar mejor colocación. Interrumpidos sus hábitos todos, y modificadas todas sus pasiones en esta universal catastrophe, vuelve á veces á su primitivo carácter, y se convierte, por decirlo así, en un ser nuevo recién salido de manos de la naturaleza. Entonces puede servir de preservativo contra una recaída la memoria de la pasada baja. Ayer eramos flacos y despreciables; y hoy somos fuertes y magnánimos.

Contemplándose en épocas inmediatas de dos tan distintos estados, se conoce más bien el valor de aquel á que uno ha subido, y se pone más atención en mantenerse en él. Mi casamiento ha caído en mí una crisis parecida á lo que procuró explicar á V. Este vínculo tan temido me libra de una esclavitud mucho más temible, y quiero más á mi esposa por haberme restituído á mí misma.

Estábamos V. y yo muy tuidos para que se destruya nuestra unión por haber mudado de especie. Si pierde V. una amante tierna, grangea una fiel amiga, y cualquiera cosa que durante nuestras ilusiones hayamos dicho dudo que no sea ventajoso á esta mudanza. Ruegole á V. que se aproveche de ella, ya como para ser mejor y más virtuoso, ya para apurar con la moral cristiana las lecciones de la filosofía. Nunca será feliz sin que también V. lo sea, y más que nunca conozco que sin virtud no hay felicidad. Si me ama V. de veras, déme el dulce consuelo de ver que no menos van acordados nuestros corazones en su conversión al bien que lo fueron en sus extravíos.

Creo que no necesita apología esta larga carta; si quisiera menos á V. sería más corta. Antes de concluirla tengo que pedir á V. un favor. Mi corazón está agobiado con un cruel peso. El señor de Wolmar ignora mi pasada conducta, y es parte de la fidelidad que le debo una sinceridad sin reserva. Cien veces se lo habría yo confesado todo; solo V. me ha detenido. Aunque conozco la prudencia y moderación del señor de Wolmar, siempre es comprometer á V. el nonabrarle, y no he querido hacerlo sin su consentimiento. ¿Sería disgustar á V. el pedirsele? y presumo mucho de V. á de mí fisonjeándome de alcanzarle? Suplico á V. que considere que no puede ser inocente esta reserva, que cada día es más cruel para mí, y que hasta que reciba la respuesta no tendré un instante de sosiego.

CARTA XIX.

RESPUESTA.

¿Y no sería V. ya mi Julia? Ah! no

diga tal, digna y respetable muger; más que nunca lo es V. ahora. V. es la que los homenajes de todo el universo merece, V. la que yo adoré desde que empecé á sentir la verdadera belleza, V. la que no cesaré de adorar aun después de la muerte, si todavía queda en mí alguna memoria de los atractivos verdaderamente celestiales, que mientras fui tonto la prendaron. Ese donado esfuerzo que la restituye á V. á toda su virtud no hace otra cosa que asemejar más á V. consigo propia. No, no; cualquiera que sea mi suplicio en pensarlo y decirlo, nunca fue V. más bien mi Julia que en el instante que de mí renuncia. Ay! perdiéndola á V. la he recobrado. Pero yo cuyo corazón con solo el proyecto de imitar á V. se estremera; yo trabajado de una delincente pasión que ni puedo sufrir ni vencer, ¿soy el que pensaba era merecedor de agrandar á V.? que derecho tenía para importunarla con mi desesperación y mis quejas? ¡Cierto, me estaba bien atreverme á suspirar por V.! ¡mi que era yo para amarla?

¡Insano! como si no bastara con mis afrentas voy en demanda de otras nuevas! ¿A que viene apreciar diferencias que el amor había borrado? Amor me encumbraba, me igualaba con V.; su llama me sustentaba; se habían confundido nuestros corazones, reciprocos eran todos nuestros afectos, y participaban los míos de la alteza de los de V. ¡Así he recaído en toda mi baja! dulce esperanza que mi alma alimenta, que tanto tiempo me engañaste, para siempre estás estinguida sin remedio! No será mía! para siempre la he perdido! ¡hace la felicidad de otro!... ó rabia! ó tormento infernal!... ¡Infiel! ah! debías más. Perdon, perdon, señora; tenga V. lastima de mis furiosos. Oh Dios! muy bien ha dicho V., ya no existe... ya no existe aquella tierna Julia con quien podía yo comunicar todos los movimientos de mi corazón. ¡Que, yo me tenía por infeliz y podía quejarme!... podía ella escucharme! yo era desdichado!... ¡pues que soy ahora?... No, no haré sonrojar á V. más, ni de V., ni de mí. Esto se acabó, preciso es renunciar uno á otro

preciso es dejarnos; la misma virtud ha dictado el fallo, y la mano de V. ha podido escribirle. Olvidémonos... olvideme V. á lo menos: lo he resuelto, y lo juro; no hablaré más á V. de mí.

¿Me atreveré á hablar aun de V. y á conservar el único interes que en el mundo me queda, el de su felicidad? Pintandome la situación de su alma nada me ha dicho V. de su suerte. Ah! en pago de un sacrificio que V. sabrá apreciar, saqueme de esta insufrible duda. ¿Julia, es V. feliz? Si lo es deme el único consuelo de que sea capaz mi desesperación; si no lo es dignese por lastima de darme, y seré yo menos tiempo desventurado.

Cuanto más en la confesion que V. medita reflexiono, menos en ella puedo consentir; y el mismo motivo que me privó siempre de valor para negar á V. nada me hace inexorable en este caso. El asunto es de la más grave importancia, y exhorto á V. á pesar mis motivos. Lo primero me parece que su mucha delicadeza de conciencia la engaña á V. en esta parte, y no veo con que fundamento pudiera exigir la virtud más austera semejante confesion. Ninguna obligación del mundo puede tener efecto retroactivo. No es posible obligarse á lo pasado, ni prometer lo que ya no puede uno cumplir; ¿porque se ha de deber á uno á quien se empeña su libertad cuenta del uso anterior que de ella se hizo, y de una fidelidad que no se le ha prometido? No se equivoque V., Julia, no ha sido con su esposo con quien faltó á su fe, sino con su amigo: antes de la tiranía de su padre nos habian unido uno á otro el cielo y la naturaleza. Contrayendo otros vinculos ha cometido V. un delito que acaso ni el amor ni el honor perdonan, y á mi solo compete reclamar la prenda que me ha robado el señor de Wolmar.

Si hay casos en que pueda la obligación exigir confesion semejante, es cuando el riesgo de recaer fuerza á una muger prudente á precaverse para preservarse. Pero su carta me ha dado más luces de lo que V. cree acerca de su sentir en esta parte. Al leerla he sentido